

Introducción

IRAIDA VARGAS ARENAS

Este número del *Boletín Antropológico* que editamos gracias a la invitación que gentilmente nos hiciera su Comité Editorial, dedicado a la arqueología como área del conocimiento histórico–antropológico se inicia con dos interesantes artículos teórico–metodológicos. El primero, titulado *Apuntes sobre las investigaciones prehistóricas en México y América*, de Luis Felipe Bate y Alejandro Terrazas, arqueólogo mexicano, constituye un valioso y orientador trabajo teórico y de síntesis que, como dicen los autores, trata de resumir el estado actual de las investigaciones sobre prehistoria en el continente americano e intenta esbozar las bases para una hipótesis explicativa. Luis Felipe Bate es un arqueólogo bien conocido en la arqueología latinoamericana por su larga trayectoria y sus excepcionales aportes a la teoría y el método, así como por sus hipótesis explicativas de las sociedades Clasistas Iniciales y de las Cazadoras Recolectoras.

En su interesante trabajo, Bate y Terrazas no sólo nos aclaran qué es una posición teórica, sino que cuestionan la validez de las interpretaciones en ausencia de posiciones teóricas en las investigaciones arqueológicas americanas en la actualidad, sobre todo, de aquéllas que sean alternativas a las tradicionales, por lo cual las tales investigaciones –según ellos– siguen siendo tradicionales. En sus propias palabras; “*la gran mayoría de las investigaciones arqueológicas que se llevan a cabo a lo largo y ancho del continente americano siguen siendo inspiradas, sin mayor conciencia crítica por parte de los investigadores, en los lineamientos derivados de las antiguas posiciones particularistas históricas*” Señalan asimis-

mo que esta situación, “*a pesar de la vitalidad de los debates teórico metodológicos que se dan en la disciplina*” ha condicionado que nuestra arqueología real siga siendo “*abrumadoramente tradicional*”, con posiciones teóricas cuyas “*áreas valorativas, desde las cuales se definen los objetivos cognitivos que cada posición propone para la ciencia, impliquen y sean fundamentalmente empiristas*”.

El artículo de Bate y Terrazas concluye con una revisión crítica de las “teorías” sobre el poblamiento Americano. En tal sentido llaman la atención sobre cómo las investigaciones arqueológicas sobre el tema en el continente americano, necesitan en la actualidad de buscar lo que los autores denominan una “*articulación de las distintas instancias de la investigación bajo posiciones teóricas o concepciones teórico–metodológicas consistentemente integradas*”. Y más adelante señalan: “*Probablemente ésta es una de las mayores deficiencias de nuestras investigaciones prehistóricas*”. No obstante, los investigadores reconocen que la ausencia de teorías no es total.

Bate y Terrazas alertan y reiteran sobre la necesidad de enmarcar las investigaciones sobre el poblamiento americano en posiciones teóricas integradas, pues las teorías tienen que ver con la explicación tanto de problemas conexos con los procesos de desarrollo y cambio en la historia de la evolución humana, como del tipo de sociedades que podrían estar implicadas en los procesos de colonización de nuestro continente. En su propuesta de hipótesis explicativas de ese poblamiento, acuñan conceptos novedosos para entender y explicar las formas sociales que ocuparon distintos espacios del continente a partir de 12.000 a.p., a las que denominan formaciones sociales pre–tribales: “*proponemos que todas las sociedades concretas americanas para las cuales tenemos algo de información a partir de hace unos doce milenios –y que, claramente, no corresponden al primer momento del poblamiento americano– ya podrían ser categorizadas de esa manera*”.

El artículo siguiente de Rodrigo Navarrete, joven arqueólogo venezolano con importantes aportes a la bibliografía arqueológica

venezolana, así como a la historiografía, también aborda problemas metodológicos. El trabajo titulado *Analogías Poderosas*, nos ilustra no sólo en los aspectos filosóficos de las analogías, sino también y más específicamente en lo que refiere a la utilización de la analogía en arqueología, señalando las implicaciones ético políticas que se derivan de ese uso en las diversas posiciones teóricas que sostienen los arqueólogos/as.

Rodrigo Navarrete nos introduce –con nuevas miradas– en el viejo debate sobre la conveniencia o no de usar la analogía como forma para inferir procesos del pasado. Dice Navarrete que “*la reacción contra la analogía plantea que debe ser limitada como medio para generar hipótesis y su credibilidad se sostiene sobre bases independientes no analógicas; si no, corremos el riesgo de asimilar el pasado al presente oscureciendo el carácter único y diverso de las formas culturales pasadas*”

Efectivamente, uno de los aspectos más interesantes de la discusión que hace el autor sobre el uso de las analogías en arqueología es el referido a sus eventuales implicaciones en el presente (el área valorativa de una posición teórica de la que nos hablan Bate y Terrazas), especialmente cómo los arqueólogos/as al propiciar que el pasado se habitara “*de culturas similares a las que los europeos dominaron y evolucionaron regidas por principios similares a la política imperialista del momento*”, han legitimado formas contemporáneas de poder.

Navarrete cita los planteamientos de la Nueva Arqueología en el sentido de que sus practicantes, en reacción contra “*todas las formas tradicionales inductivas y a la complaciente tesis de que la arqueología es inevitablemente limitada*”, propusieron que el registro arqueológico observado “*debe ser interpretado como evidencia a la luz de un marco teórico particular, con frecuencia mediante medios analógicos*”.

Continuando con sus planteamientos valorativos, el autor señala, apoyándose en importante bibliografía, cómo la investiga-

ción antropológica e histórica ha servido para gestar estereotipos sobre las etnias de las sociedades antiguas y presentes: “*Lejos de ser neutral en su recepción de la información etnográfica y etnohistórica, la antropología venezolana actual ha construido una nueva región actualizada de la dicotomía Buen Salvaje/Bárbaro mediante la dualidad Caribe/Arawako*”, “*los arawakos como una sociedad evolutivamente progresista mientras que los caribes se mantenían simples, igualitarios y agresivos*”.

Navarrete concluye que la analogía debe jugar un papel heurístico en un proceso de interpretación hermeneútica; asimismo, que las analogías son poderosas (de allí el título del trabajo) como herramientas metodológicas, como razonamientos interpretativos y hasta como proposiciones ético–políticas, a diferencia de otras posiciones que las consideran en su carácter descriptivo histórico: “*como ilustraciones evocativas sobre eventuales o hipotéticas situaciones regiones pretéritas*”. Y finaliza, enfatizando el área valorativa de la posición teórica que posee: “*La función social y política de la interpretación del pasado en este momento histórico no debe necesariamente apuntar hacia la legitimación de la jerarquía institucionalizada*”.

Los dos trabajos siguientes, son *Origen de las fachadas geohistóricas de Venezuela*, de Mario Sanoja y *Arqueología de la región de Sicarigua–Los Arangues, estado Lara, Venezuela* de Luis Molina. El primero de ellos constituye una interesante síntesis interpretativa de los procesos históricos ocurridos a nivel subcontinental, mientras que el segundo es un informe preliminar del Proyecto de Arqueología Regional. Mario Sanoja, es un conocido humanista venezolano que no necesita presentación debido a su dilatada trayectoria en todos los campos del quehacer social, especialmente como antropólogo y arqueólogo. Luis Molina es un reconocido arqueólogo venezolano quien ha dedicado su obra al conocimiento y la explicación de la historia antigua del Noroeste Venezolano.

Partiendo de los tres principios fundamentales de la materia: tiempo, espacio y movimiento Sanoja usa dichas categorías para explicar el cambio histórico en la interpretación de los datos existentes hasta el presente sobre el poblamiento originario de la América del Sur y el Caribe. El autor plantea que existió un largo proceso de colonización de dicho territorio que debe haberse iniciado hace unos 30.000 años antes del presente, protagonizado por pequeñas bandas de recolectores cazadores paleoasiáticos. El desplazamiento y finalmente la estabilización de las mismas a lo largo y a lo ancho del territorio propició la existencia de enclaves aislados de población. La deriva génica y cultural determinaron, según Sanoja, el surgimiento de una rica diversidad cultural, de fenotipos, de modos de vida y de procesos de trabajo. El predominio en la biota de las formaciones vegetales, dice el autor, estimuló una relación temprana, muy estrecha, entre los grupos sociales y el ambiente, el cual pasó a ser parte de las variables socio culturales que propiciaron el surgimiento del sedentarismo basado en el manejo de las plantas, con la caza y la recolección de especies animales como actividades complementarias de la producción de alimentos.

En torno a lo anterior, es interesante la manera como conceptualiza Sanoja el ambiente: como una construcción social. En tal sentido, concuerda con geógrafos marxistas como Lefevbre (1992), Santos (1990) y Hillier y Hanson (1984), entre otros, quienes señalan que el medio ambiente natural no es un recipiente en el cual se desarrollan los procesos sociales y por lo tanto *externo* a ellos, sino parte de los mismos.

Como consecuencia del proceso de sedentarización, ya para el 15avo milenio antes de ahora se habían constituido las macrorregiones geohistóricas que caracterizan actualmente a Suramérica y el Caribe. Para el 5to milenio, el interior de las macroregiones comenzó a desdibujarse en regiones que expresaban formas socioculturales más particulares de las cuales surgirían posteriormente las formaciones sociales estatales y de tipo Estado

que, luego del siglo XVI, devendrían los Estados nacionales de los siglos XIX y XX.

Pensando en la importancia que ello tendría para entender el actual proceso de integración regional entre los países latinoamericanos, fundamentalmente los suramericanos, Sanoja destaca la necesidad de analizar la formación de las fachadas históricas de los actuales Estados nacionales latinoamericanos y particularmente las de Venezuela, análisis que revela –dice el autor– que las fronteras políticas encubren en verdad una gradación de diversos tiempos históricos y sociales cuya armonización debe ser el objeto de políticas culturales de Estado acordadas entre los diferentes países.

En su trabajo, Molina establece la secuencia de ocupaciones que se dieron en la región Sicarigua–Los Arangues, describiendo prolijamente los registros arqueológicos. El presente trabajo de Luis Molina nos permite profundizar con más precisión en la fase de mayor complejidad sociopolítica y tecnológica de las poblaciones originarias del Noroeste de Venezuela. Resalta particularmente la construcción de obras hidráulicas para el regadío de los campos agrícolas y de terracerías tanto para el cultivo como la erección de estructuras de habitación. Es importante igualmente, la significación que le otorga Molina a las evidencias paleobotánicas que sustentan la relevancia que tuvo el cultivo de la yuca (*Manihot sculenta*) para las sociedades complejas del noroeste de Venezuela, evidencias que permiten refutar la vieja dicotomía cultural que vinculaba las sociedades aborígenes del oriente de Venezuela, con el cultivo de la yuca y las de occidente con el cultivo del maíz, asumiendo una especie de superioridad cultural de ésta sobre aquélla fundamentada en una valoración de carácter, como muestra el autor, muy subjetivo. El trabajo de Molina, considerado en relación al de Sanoja muestra, sin duda alguna, que la diferenciación entre las sociedades originarias del oriente y el occidente de Venezuela representa la fase epigonal de dos antiguas macrotradiciones culturales que caracterizan la historia de las sociedades originarias del norte de Suramérica.

El artículo final, escrito por nosotros, titulado *La conservación del patrimonio histórico. Nuevas propuestas a la luz de la democracia participativa y protagónica*, cierra la serie de artículos presentados en este número del boletín. Se plantea como una respuesta a la interrogante: ¿qué hacer finalmente con los conocimientos y bienes culturales tangibles que resultan de la investigación arqueológica? Para nosotros, debe existir una fase final del proceso de investigación que permita traducir dichos resultados en tesis que sustenten los procesos de identidad cultural de los pueblos actuales.

Cuando Bate y Terrazas se refieren a una ausencia de posiciones teóricas, a la existencia de un eclecticismo teórico en las investigaciones arqueológicas, las posiciones ético políticas de los arqueólogos/as, el área valorativa de una posición teórica, se difuminan y no existe compromiso social entre esos investigadores con su sociedad. Esas investigaciones al quedarse en el ámbito académico, impiden que los colectivos sociales tengan conocimiento sobre las determinaciones procesales, los procesos sociales mismos que pudieron animar diversos eventos socioculturales que ocurrieron dentro de un mismo o diferentes tiempos históricos de la vida de un pueblo y que se vinculan causalmente con las actuales condiciones de su existencia. Ello nos lleva igualmente a considerar que la arqueología, la arqueología social, no debe quedarse solamente en una explicación del pasado por el pasado mismo, sino en una comprensión crítica del presente social. Consecuentemente, estas apreciaciones sientan las bases de la utilidad social de la arqueología misma.

Referencias bibliográficas

- Lefebvre, Henri. 1992. *The production of space*. Blackwell Publisher Inc. Londres y Cambridge.
- Hillier, B. y J Hanson. 1984. *The social logia of space*. Cambridge University Press. Londres.
- Santos, Milton. 1990. *Por una geografía nueva*. Espasa Calpe. Madrid.